

BA ÚL

Antonio Castro. "Las armas del terrorista", 2000,
(detalle).





Dos enemigos que se juntan después de medio siglo

Víctor Orozco*



Este es un curioso episodio en la historia de dos soldados, uno norteamericano y otro mexicano, que combatieron en la batalla de Sacramento, librada el 28 de febrero de 1847.

Como se sabe, el triunfo del ejército invasor en este combate trajo consigo la ocupación de la capital del Estado de Chihuahua y luego hizo posible la conexión de las dos columnas militares que penetraron en territorio mexicano por Texas y Nuevo México.

Fue un encuentro tenido por uno de los más significativos y relumbrantes de las fuerzas armadas de EE. UU., consignado así por el propio presidente James K. Polk en su diario. La versiones sobre las vicisitudes y resultados de la batalla varían según la fuente, sea de historiadores norteamericanos o mexicanos. En una de ellas, repetida incansablemente por los primeros, se consigna un hecho que aparece como increíble: 900 voluntarios reclutados en Missouri derrotaron a cuatro mil mexicanos, dejando arriba de 300 muertos y cerca de 500 heridos, mientras que los primeros perdieron solamente un hombre, caído más bien por suicidio,

* Maestro Emérito de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y Miembro de la Academia Mexicana de la Historia. ORCID: 0000-0002-6178-0173.

pues su temeridad lo hizo lanzarse solo contra el fuego enemigo. Los partes militares como éste del coronel Alexander Doniphan, el comandante norteamericano, rayan a veces en la fantasía.

Pero en esta nota no pretendo abordar el estudio de la famosa batalla, sobre la cual existe una copiosa bibliografía, sino la reunión de dos soldados enemigos cincuenta años después. En el año de 1903 se publicó un libro denominado *Heroes and Incidents of the Mexican War* en la que su autor, Isaac George, narró su experiencia como integrante de la sección de voluntarios que marchó desde Missouri a Nuevo México, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Texas y retornó con sus hombres ya licenciados a su punto de partida. Ya anciano, dictó sus memorias a J. D. Berry, quien las convirtió en un libro. La anécdota en la que me detengo ocurrió en una visita que el propio George hizo a la ciudad de Chihuahua en 1901, acompañado por su hijo quien portaba una cámara fotográfica. Además de visitar los atractivos de la ciudad que le pareció moderna y cómoda, quiso acudir a Sacramento, a unos treinta kilómetros, al campo de batalla donde medio siglo atrás había combatido fieramente. Se topó con la enorme sorpresa de que justamente allí residía un veterano mexicano llamado Leandro Talavera, nacido como él en 1822. Entusiasmado por el insólito encuentro, dictó:

Encontramos a un cortés y agradable caballero y a través de Mr. Eaton [uno de los misioneros introductores del protestantismo en Chihuahua] quien actuó como intérprete, pude entablar un diálogo con mi antiguo enemigo. El hombre se llamaba Leandro Talvera [sic] y había nacido el 13 de marzo de 1822, que lo hacía mayor que yo apenas unos meses. Platicamos placenteramente, nos acomodamos en dos sillas, en el mismo sitio donde media centuria antes, nos habíamos esforzado por acabar cada uno con la vida del otro y nos tomamos un retrato, cuya copia aparece en conexión con el artículo.

Este incidente fue una extremadamente rara ocurrencia. Dos hombres, representativos de dos naciones y de dos ejércitos, quienes se habían enfrentado como enemigos a muerte en la Batalla de Sacramento, el 28 de febrero de 1847, ahora se veían después de cincuenta y cuatro años abriéndose camino en la eternidad del pasado, como amigos, para hablar sobre los incidentes de ese conflicto y además hacerlo en el mismo terreno que había sido la arena de la lucha.

Mi antiguo rival y yo mismo habíamos sepultado cada sentimiento de odio o resentimiento y nos juntamos como amigos y aunque en el corazón del mexicano, podía albergarse alguna lamentación por la derrota de su ejército, él mostró su buena voluntad haciendo lo posible para que nuestra breve estancia fue-

ra confortable. Al final, nos llevó en su carro a la estación, ubicada a tres millas la cual es nombrada "Corroll" [por Carolina Culty, la esposa del general Luis Terrazas].

La imagen nos informa sobre estos dos hombres, con la indumentaria de la época y de cada país. El norteamericano con sombrero alto de fieltro, saco y corbata (aunque no pienso que fuera su vestimenta cotidiana). La imagen del mexicano es más clara y vemos un rostro curtido por el sol, un saco corto o chaquetilla y un sombrero de alas muy anchas al estilo charro colocado en la rodilla. Se mira una modesta vivienda construida con adobe y una ventana con rejas de madera.

¿Que había sido de la vida de estos hombres después de la guerra? El norteamericano regresó a sus lares en el Norte para dolerse como miles de sus camaradas del trato que recibieron después de haber retornado victoriosos y haber conquistado para su nación territorios gigantescos que la convirtieron en un poderoso imperio. La mayoría de estos veteranos quedaron hundidos en la pobreza, según la carta de un oficial

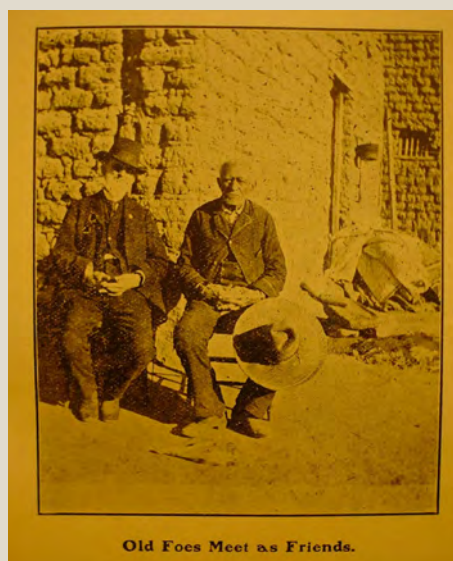
publicada en el texto, deplorando que su sacrificio hubiese servido para enriquecer a unos cuantos.

El mexicano probablemente era un rancharo pequeño propietario o que laboraba como mediero o arrendatario en las haciendas de la Quinta Carolina o del Torreón, pertenecientes a Luis Terrazas, en donde se ubicaban los terrenos

de Sacramento. Su indumentaria nos dice que en cualquier caso no era uno de los miles de peones de raya desposeídos de todo bien. También habla de ello la posesión de un coche de caballos.

No sabemos si las ocho décadas vividas fueron más benévolas para uno o para otro en términos personales. Por el semblante, parecería que el mexicano habría gozado de mejor

salud, pero sería aventurado afirmarlo. Faltaban unos años para el comienzo de la otra tragedia histórica, utilizando el lenguaje de George, que fue la Revolución de 1910, pero es posible pensar que los descendientes de Talavera se involucrarían en las filas de los rebeldes como lo hicieron tantos de su condición social. Por su parte, en apenas chispazos de su narración militar llena de detalles, George apunta a una adscripción a corrientes de pensamiento socialista, pues sostiene que la gue-



rra con México fue la causa directa de la abolición de la esclavitud, el primer acto de la tragedia, siendo el segundo la Guerra civil de 1860-1865. Y agrega una premonición:

[...] la emancipación de los trabajadores asalariados del talón de hierro de sus patrones, se encuentra también en el rango de las posibilidades humanas, si no es absolutamente inminente... Sobre el problema laboral, el cual es en toda la historia la base de los disturbios sociales, mucha gente pensante cree que está destinado a resolverse antes de que concluya esta generación y que los obreros de Estados Unidos serán quienes inauguren esta gran lucha.

No acertó sobre el futuro, desde luego, pero es interesante esta visión de un soldado norteamericano sobre el significado histórico de la guerra con México, *The Mexican War* como la llama.

